

---

# Jesucristo, la Iglesia y el Hombre en la poesía de Karol Wojtyła

---

*Rodolfo Eduardo de Roux S.J.\**

---

## 1. Simón, hijo de Juan... te llamarás Pedro!

La sabiduría cristiana se ha habituado, de siglos, a mantener la diferencia-en-la-unidad de lo humano y lo divino. Por lo mismo ha logrado también superar, sin suprimirla, la inevitable tensión entre lo personal y lo comunitario, entre lo individual y lo universal, entre lo carismático y lo institucional. A nivel teórico esa superación se consagró en la conocida sentencia de los escolásticos, "la gracia no destruye la naturaleza". Mal entendida a veces, y hasta burdamente caricaturizada por la subtracción de su propio horizonte de comprensión, esa doctrina teológica llanamente establece la realidad de aquella unidad-en-la-diferencia.

En cristología ello equivale a afirmar que Cristo Jesús, para ser verdaderamente Dios, no tiene que resultar menos hombre. En eclesiológia mantiene la plena humanidad social, y por ende institucional, del misterio de salvación objetivado históricamente en esa comunidad que con verdad llamamos Cuerpo de Cristo. Como tampoco el pan, en la sacramentología eucarística, deja de serlo en sus niveles físico-químicos y culturales al ser elevado a la identidad sacramental con Cristo, Pan de Vida. No cabe entonces pensar que el hombre deba perder algo de su individualidad irrepetible al ser asumido en el ámbito de gracia del ministerio eclesial. Pedro sigue siendo Simón, el hijo de Juan. Con toda la riqueza, con el peso también que una histo-

---

\* Decano Académico, hasta junio de 1986, de la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá

ria, personal y comunitaria, eclesial y cultural, acumula y define en la unidad viva de su existencia humana y cristiana, personal y social, institucional y carismática.

De ser así, la poesía de Karol Wojtyła no debe sucumbir bajo la palabra magisterial de Juan Pablo II. Por el contrario, esa poesía puede abrirnos un camino fácil y grato hacia el corazón profundo y la densidad humana y cristiana del Pastor universal. Incluso funda un espacio de resonancia afectiva y estética a su misma Palabra magisterial que, a fuer de universal y doctrinaria, podría a las veces sonar en nuestros oídos más normativa y docente que interpelante y cordial.

## 2. Poesía y teología

A Dios gracias ha pasado ya el tiempo en que las exigencias razonables de una inteligencia conceptual dueña de sí misma y de sus técnicas, y por lo mismo garante de la limpieza de sus productos, pretendió también excluir (ya menos razonablemente) cualquier otro tipo de lenguaje teológico. Como si la precisión y coherencia de la formulación teórica bastarán por sí solas para expresar la riqueza inagotable del hombre, del ser, de ese Misterio, que todo lo abarca, todo lo funda, todo lo promueve y dinamiza, que llamamos Dios. Para recuperación plena de la humanidad del hombre, y de la humanidad de Dios en Cristo Jesús, ha pasado felizmente la época en que el mito, la leyenda, el proverbio sapiencial, y aun simple y llanamente la poesía, parecieron más condescendencia divina para con

los incultos y débiles, que no el recurso supremo, la plataforma insustituible de todo discurso religioso, e incluso del mismo discurso teológico, cuando se aspira a alcanzar en su totalidad humana al destinatario, o cuando se bordea balbuciente la inmensidad de lo que somos, y de lo que estamos llamados a ser.

Poesía y teología tienen pues, en su legítima e imborrable diferencia, una unidad profunda. Con el instinto certero de una sabiduría humana y divina, los antiguos llamaron "vidente" tanto al profeta como al poeta. Y en el ámbito de nuestra cultura y de nuestra eclesialidad hispánica, la figura del teólogo-poeta ha alcanzado una síntesis resonante en Juan de la Cruz.

El arte es la primera, y ya magnífica liberación del hombre de la esclavitud de sus urgencias neurosensoriales y biológicas. Es la transfiguración (no la pérdida!) de los sentidos en el impulso de esa auto-transcendencia sin límites que constituye al hombre. Tampoco se niegan con ello los peldaños laboriosos de la inteligencia y de la razón en nuestro ascenso hacia el meollo de la realidad, de su sentido y de su valor. Pero no deja de ser aleccionador el hecho de que el grito supremo del hombre, en el éxtasis del amor como en el juego eficaz de la acción, deba volver a asumir la forma elemental del poema o la densidad del drama. Como si la razón inteligente y la acción responsable no pudieran lograr su plenitud humana sin ese retorno humilde a la raíz sensorial de nuestra experiencia.

### 3. Las tres verdades de Juan Pablo II

En la reciente historia eclesial de América Latina, el magisterio pontificio de Juan Pablo II perdurará como una proclamación de nuestra fe común al ritmo de las tres "verdades", de Jesucristo, de la Iglesia, del hombre. Tres notas de una única melodía. Tres círculos de un mismo impacto del amor recreador de Dios Padre, por el Espíritu, sobre la corriente de nuestra historia continental. Puebla meditó largamente sobre ellas. Y percibió sus vibraciones liberadoras a todo lo ancho y largo de nuestras Iglesias Particulares. Terminó asumiéndolas como el núcleo programático de su proyecto de evangelización.

Tres "verdades". Pero, y qué es la verdad? Camino y vida, leyeron en Puebla nuestros Pastores. Y de su explicitación emergió toda la realidad histórica, socio-cultural y eclesial, de nuestro pasado, de nuestro presente, la promesa y tarea de nuestro futuro. Con sus dolores y sus exigencias, con sus frustraciones y sus anhelos, con su terrible dramatismo y su poética exultación liberadora. Para los técnicos del progreso logrado, aquello pudo parecer demasiado pesimista, incluso bochornoso. Demasiado utópica, a juicio de los realistas evaluadores de nuestra sociedad deforme y de la precariedad de nuestra eclesialidad latinoamericana. Construir, como proyecto fundante, una "civilización del amor" en nuestro continente conflictivo y desgarrado? Evangelizar las culturas un cristia-

nismo endémicamente pobre, al que pocas décadas atrás los llamados "especialistas" diagnosticaban enfermo de sacramentalismo, sin casi otro arraigue que el de su propio peso sociológico de siglos?

Intuyó Juan Pablo II la fibra viva de nuestra fe común latinoamericana bajo la capa ulcerosa de nuestra realidad histórica? Proclamó sólo el maestro los pilares doctrinales inamovibles de nuestra fe católica entre el torbellino de las interpretaciones? O también el "vidente", profeta-poeta, cantó su propia esperanza y su amor por encima de los gritos y lamentaciones de nuestras luchas y de nuestros dolores?

### 4. La poesía de Karol Wojtyla

El intento de estas páginas es mucho más modesto que la pretensión de responder, siquiera en forma aproximada, a tales preguntas. Quizás, por ello mismo, es más reconfortante y humano. Tan solo nos hemos atrevido a preguntar si esas "verdades" magisteriales de Juan Pablo II no habrán sido primigeniamente nudos vitales de sentido y valor en el corazón de Karol Wojtyla. Y si ésto fuese así, cómo los habrá encarnado él mismo antes en ese punto palpitante de convergencia de la totalidad existencial del hombre que es el poema.

Por supuesto que el alcance objetivo de una respuesta afirmativa sólo podrá medirse críticamente por la justeza o inadecuación de nuestra interpretación con los datos del texto mismo. Cómo

se salvaría aquella de reproche de mero subjetivismo sin la verificación de su capacidad efectiva para explicar esos textos? Tampoco ignoramos el hecho y las implicaciones del llamado círculo hermenéutico. Sabemos de entrada que cada lector de poesía es un re-creador de su sentido en el ámbito de su propia subjetividad. Pues cuando abrimos las páginas del poemario de Karol Wojtyła, publicado en nuestra lengua con ocasión de su peregrinación pastoral a la hermana Iglesia española<sup>(1)</sup>, llevábamos sin duda, en el hondón de la conciencia, la voz del Maestro de Puebla, que ha llegado a ser también horizonte y paradigma de nuestro propio hacer teológico. Pero en honor a la realidad vivida tampoco intentamos nunca introducirla como un artefacto conceptual violentador en la corriente poética de Karol Wojtyła. De hecho, en el gozo de nuestra propia experiencia estética, vimos emerger y delinearse como un horizonte triangular esa triple nota temática, a medida que el agua de la poesía wojtyliana resonaba fresca y profunda en nuestro propio corazón.

El presente no es pues un ensayo teológico. Ni siquiera tampoco una aproximación de crítica literaria a los poemas de Karol Wojtyła. Es más bien, y simplemente, la búsqueda de empatía de un lector de poesía y de un hermano eclesial con el corazón de su poeta-pastor. Siguiendo su invitación también yo me he asomado al pozo de Siquem,

y me he atrevido a otear en él las profundidades humanas de su autor:

*“Mira las escamas argénteas del agua.*

*En su hondura el pozo se estre-  
mece,*

*como la niña del ojo*

*cuando la imagen surge en ella.*

*Si el reflejo de las hojas*

*en la superficie del agua*

*toca tu rostro*

*te lava las ojeras del cansancio.*

*Lejos está todavía el manantial”.*

(Cántico al esplendor del agua.

1. Junto al brocal del pozo de Siquem).

Jesucristo, la Iglesia y el Hombre resonando en clave poética. Y por lo mismo en libertad soberana frente a las exigencias de precisión y coherencia conceptuales del discurso teológico. Parecerán sin duda al teórico demasiado altos los costos, en una oscura vaguedad, en esa inquietante indiferenciación. Pero no es ésa precisamente su riqueza humana y religiosa? No es la marca indeleble de su autenticidad total? No es la garantía de que se han recogido a flor de labio del corazón?

Podría objetarse también, esta vez desde la vertiente poética, que la obra de Wojtyła está demasiado grávida de pensamiento teológico, que bordea los límites de la reflexión sapiencial. Ni lo discutimos ni lo rechazamos. Cada poeta es él mismo en su propia poesía. Y Wojtyła sin duda se afirma en

(1) Karol Wojtyła - Poesías 3a. edic. - BAC. Madrid (9182)

la suya como un pensador religioso sobre el hombre, desde la fe en Cristo, y en esa comunidad llamada Iglesia. Pero, parafraseando un largo poema suyo, no podemos decir también que "el pensamiento, (es un) extraño espacio?". Para él, en efecto, el pensamiento no es el simple flujo mecánico de una especie de procesador de palabras. Es la luz de las cosas que penetra, entre el asombro y el silencio, en ese "fondo del fondo" que es el corazón del hombre:

*"Más cuando la realida con todo  
su peso y desplomándose,  
se viene hacia mí, descende  
al fondo humano, se llena entonces  
mi pensamiento en ese fondo al  
que raramente llego  
y que apenas conozco, aunque  
bien sé  
que no puedo llegar al fondo  
del fondo,  
porque la visión y el Objetivo  
absoluto  
están en el abismo".*

(Pensamiento, extraño espacio.  
III, 2.- El peso específico).

Y si ese fondo del fondo, si ese Objetivo absoluto acaece ser Dios mismo, entonces acogerlo y estrecharlo entre los brazos frágiles del pensamiento humano es toda una épica lucha de Jacob:

*"Si buscas el lugar donde Jacob  
luchaba,  
no vayas a la tierra de Arabia,  
ni busques el arroyo en el mapa:  
el rastro está más cerca.*

*Deja tan solo que en el horizonte  
aparezcan las luces de las cosas,  
cada vez más poderosamente  
reunidas  
por el pensamiento y cada vez  
más sencillas".*

(Pensamiento, extraño espacio.  
IV,1.- A los compañeros de ruta).

Esa lucha no basta. El pensamiento debe a su vez florecer en la palabra. Wojtyla, poeta-pastor, ha sentido palpitar el misterio de este alumbramiento mientras sus manos episcopales ratificaban, en el Espíritu, el "nacimiento de los confesores" en un pueblo de la montaña polaca:

*"El mundo está repleto  
de energías ocultas, con audacia  
yo las voy nombrando.*

*Mis palabras no son triviales;  
son de plenitud,  
las anuda un gran ímpetu.*

*No escapan con sus prisas,  
como el agua en la sierra,  
por las piedras desnudas.*

*No se desvanecen como los  
árboles al pasar.*

*Y siempre, siempre  
bajo la superficie de las palabras  
hay que palpar el fondo  
y encontrar el apoyo para el  
pié".*

(El nacimiento de los confesores. I.1.)

Deleite del espíritu, pero también alumbramiento doloroso éste

del pensamiento que se transvasa en la carne-sangre de la palabra. Nueva lucha de Jacob por apresar un cielo siempre huidizo entre los brazos de la arcilla humana:

*"Pasa a veces en una conversación. Topamos con la verdad, y, sin embargo, nos faltan las palabras, no vemos el gesto, la señal. Ninguna palabra, gesto, señal, abarca la imagen entera, en la que tenemos que entrar solos para luchar, como hizo Jacob"*.

(Pensamiento, extraño espacio. I,1.- Resistencia del pensamiento a las palabras).

En realidad, de este esfuerzo titánico por modelar en palabras el pensamiento, podría cantarse lo mismo que admira el poeta del obrero tallador de capitales y catedrales:

*"La inspiración no acaba en las manos del hombre: Su corazón inspira el mundo de la piedra. En la piedra miramos lo que el hombre ha pensado y en ella contemplamos el supremo equilibrio que a través de la ira por el amor se alcanza"*.

(La cantera. II,2- Inspiración).

El poema, fruto del pensamiento que se ha madurado en palabra, es una contemplación del hombre gestada desde su propio interior. Por eso el poeta puede decir de su poema lo que canta la Madre del hijo de su propia sangre:

*"No me conocía hasta encontrarme en la canción."*

*Una vez acabada la canción entenderás mejor lo que pienso.*

*Pasarán días y días entre gente diversa,  
y sentirán en tí el ritmo igual de mi sangre.  
No tengo otra canción que darte y cuando ésta vuelva a mí,  
su profundo eco llegará a lo hondo del Ser de nuevo,  
y podrá concentrarse en el murmullo de mis labios,  
donde ella perdura siempre, con la misma sencillez"*.

(La Madre.- III,1.- El comienzo de la canción).

Antes de adentrarnos en la temática de sus poemas, y ya como una aproximación a la misma, echemos una ojeada al universo simbólico de Wojtyła.

En primer término, con la omnipresencia de un horizonte primordial, está la tierra. Vastedad sin límites de las llanuras cubiertas de trigales, profundidad silenciosa del mar, caminos de estrellas en la noche, transparencia del día. La tierra es fresca y luminiscencia en "el esplendor del agua", en ríos y quebradas, en la lluvia y la niebla, en la blancura de la nieve y en la penumbra de los pozos. Y esa misma tierra se arraiga para ascender al cielo en la reciedumbre de los árboles, se prodiga en el heno oloroso y en el trigo dorado, ese "destierro de Dios" en el anonimato del pan eucarístico. Tierra una y polifacética, capaz

de despertar todas las emociones, de encarnar los misterios y el destino del hombre. Tierra cuya opulencia no distrae al poeta de su afán de Dios ni le opaca el suave resplandor de su presencia.

Otro venero inexhausto de la simbólica wojtyliana es el *mundo del hombre*. En todas sus dimensiones y en todas sus realizaciones. Pero principalmente en la expresividad de su cuerpo, como ese "rostro ovalado" o esas miradas del niño donde se narra el ser, y en la gesta del trabajo humano. Desde "la mano encallecida" del cantero, y las callejuelas húmedas de niebla del pueblo campesino, hasta los cables de alta tensión, que trenzan vínculos de vida social a lo largo y ancho de la patria.

Finalmente está la *Iglesia*. Esa Iglesia que históricamente "se ha abrazado con mi tierra". Y con la Iglesia, todas las encarnaciones del Misterio cristiano. La simbólica de la fé, en el discurso poético de Wojtyla deviene símbolo literario del hombre y de su destino. Los personajes bíblicos (Jacob, La Madre de Jesús, el Cirineo, la Verónica, etc.), los caminos palestinos de Jesús, el templo basilical romano, en rito sobrecogedor de los sacramentos o de la gran vigilia de Pascua. Pero sobre todo, con la omnipresencia del sol en un día de verano, el pan eucarístico:

*"Una migaja de pan es más real  
que el universo,  
más llena de la vida y de la  
palabra*

—*canción que cubre como el mar,  
—torbellino de sol,  
—destierro de Dios*".

(Canción sobre el Dios oculto, I,13.- Las orillas del silencio).

## 5. El hombre

No cabe establecer prioridades en la polifonía de la conciencia. El tema musical tampoco es una mera sucesión de notas, cada una de las cuales se mantendría siempre en su propia identidad consigo misma al interior de la unidad melódica. Ciertamente hay momentos en los cuales alguna de esas notas se explicita totalmente, se profundiza, se hace transparente con la densidad de un remanso, e incluso llega a ser dominante. Entonces el observador se detiene en ella, puede perfilar mejor los contornos de su identidad, sopesar su fecundidad, seguir sus caminos latentes a través de todo el conjunto. Pero discernir tampoco es separar. Urge por el contrario reintegrarla cuanto antes a esa unidad contextual sin la cual ella misma resultaría empobrecida y desfigurada. Así sucede con el poema wojtyliano. Dios-Cristo, el Hombre y la Iglesia son las notas fundamentales. Pero solo el poema total es la melodía.

No vacilaría en afirmar que la poesía de Wojtyla es constitutivamente antropológica. El hombre es la nota dominante que recurre por doquier, que a menudo salta a los primeros planos. El hombre, una nota que, por sí sola, es ya una sinfonía. Como que es el rostro privilegiado del ser:

*“Lo que veo es el óvalo del rostro  
en el que todo está narrado.  
(No se halla en ninguna parte  
tal expresión del ser).*

*Cuántas cosas te cuentan  
las miradas de un niño.  
Sin cesar atraviesan  
un ecuador extraño  
(la tierra es solo un átomo  
en cada pensamiento)”.*

(El nacimiento de los confesores. I,6).

El poeta se ha determinado largamente en devanar esa melodía humana, en perseguir ese tema musical (pues, no es el hombre “un común denominador”?) a través de sus infinitas variaciones. Y las ha visto desfilar en el via-crucis universal de los mil perfiles del Cireneo, en los mil hombres que cargan con la cruz del Hombre:

*“Ese perfil entre los árboles, ese otro entre las columnas, y en la calle ese otro difuminado en la calzada húmeda.*

*Y también ese otro, el de un hombre en el umbral de su casa, y además ese perfil de vencedor: un semidiós griego.*

*El que mejor conozco es el perfil del Cireneo, en todos sus aspectos posibles.*

*Su perfil se dibuja al lado del otro Hombre:*

*se desprende de sus hombros y se quiebra precisamente ahí donde el otro Hombre es más El mismo y está menos desarrollado”.*

(Perfiles del Cireneo. I. Antes de discernir perfiles diferentes. 1).

Desde esta perspectiva se abre el abanico de las tipologías, de las individualidades. El niño, la muchacha, el hombre. El obrero, el intelectual, el enfermo. El los conoce bien a todos. Por ser poeta, por ser pastor? Quizás también porque todos confluyen en él mismo, el actor:

*“Cuántos crecieron a través mío?  
alrededor de mí, a partir de mí?  
He llegado a ser el cauce de un  
torrente llamado hombre.*

*Pasa por mí una multitud de otros.*

*Cómo he podido conservar ni identidad?*

*Siempre demasiado cerca de mí mismo,*

*en ninguno alcanzo la perfección,  
Lo que ha quedado de mí,  
puede mirarse sin temor?”*

(Perfiles del Cireneo, II,4.- El actor).

Con todo, hay perfiles humanos que llenan más espacio en las pupilas del vidente, o están más cerca de su corazón. En las de Wojtyla, el Papa de la Laborem Excercens, está en primer término el obrero. En la epopeya del trabajo canta la grandeza del hombre y palpita la presencia de Dios:

*“Escucha bien, escucha los golpes del martillo, la sacudida, el ritmo.(. . .)*

*y entenderás conmigo que toda*

*la grandeza del trabajo bien hecho es grandeza del hombre.*

*La mano encallecida, de viejas cicatrices, su voluntad tozuda prolonga en el martillo mientras el pensamiento encuentra soluciones en la piedra que salta, en la piedra que cede.*

*Y tú no tengas miedo. Los asuntos humanos discurren por un cauce de muy anchas orillas. Todo viene de lejos, todo sigue adelante. En todo lo que pasa mira presente Aquel que te llega en el rítmico golpear de los martillos”.*

Por éso:

*“Las manos son paisajes del corazón, quebradas como desfiladeros con oscuras corrientes. El hombre abre las manos cuando está satisfecho y en las palmas abiertas ve la tarea hecha”.*

(La cantera, I. La materia, 1.3).

En la poesía de Wojtyła no sólo palpita la grandeza del obrero. También se destila el cansancio de esos “dedos de mujer que teclan la máquina ocho horas al día: letras negras que cuelgan de los párpados enrojecidos” (Perfiles del Cirineo -I,2). Y se acumulan las preguntas sin respuesta del obrero que debe “simplemente fichar en el trabajo a las seis de la mañana”, y pierde enseguida el control de los automóviles que produce, porque “los nuevos modelos surgidos de mis dedos / zumban ya en las calles lejanas. (...) Han robado

mi voz; ahora hablan los motores”. O la duda ulcerante del fabricante de armas:

*“Yo no influyo nada en la suerte del mundo.  
Es que acaso declaro las guerras?”*

*Torneo tuercas, modelo  
fragmentos de muerte,  
no capto nunca el conjunto  
del destino de todos.*

*Si el mundo que yo elaboro no es bueno,  
el mal de este mundo no es  
ciertamente obra mía.  
pero eso basta?*

(Perfiles del Cirineo. II,10).

El otro personaje de esta galería de hombres ilustres. . . de la calle, es la mujer. Ella bien puede ser esa Magdalena que carga el dolor de su amor, porque:

*“A veces el amor duele durante  
semanas, meses, años.  
La lengua está seca como las  
raíces de un árbol seco.  
Seco también el paladar. Los  
labios sin maquillaje.  
La verdad tarda en sondear el  
error.  
Pero es El, no yo,  
quien padece toda la sequedad  
del mundo”.*

(Perfiles del Cirineo. - II,11.-  
Magdalena).

O la Samaritana, que lleva en su corazón “el esplendor del agua” desde “aquel pozo me ha unido contigo, me ha sumergido en tu persona”. No es por cierto una

santa, ni tampoco una heroína. Por eso en ella recobramos la esperanza,

*“Gentes como yo...  
alzadas de su oscuridad  
a caminar por las estrellas que  
Tú enciendes arriba.  
Entre las gentes salidas de la  
noche,  
está aquella mujer...”*

(Cántico al esplendor del agua.5).

O aquella Verónica, dulce hermana, cuyas manos están “llenas de humildes empresas”, las del amor valiente:

*“Tu velo es ahora grito de cora-  
zones  
que por temor enmudecieron y  
así quedaron clavados en su sitio,  
viendo cómo ajustadas tu paso.  
al paso del Condenado”.*

(La Verónica, III - El nombre 4).

En ese gesto de la humilde ternura hemos aprendido todos la dimensión profunda de un instante de fidelidad:

*“Hermana mía: así me gusta  
llamarte.  
Pienso entonces que todo  
encuentro  
no es solo latido en el tiempo,  
instante pleno.  
Es también semilla cierta de  
eternidad”.*

(La Verónica. II.- La hermana 3)

Y es sobre todo María. Aquella cuya canción corría hecha sangre

en las venas del Hijo. La que pudo decir del Suyo:

*“Tengo cerca las palabras del  
niño/ que levantan el silencio: /  
“Mamá, mamá”. La que supo per-  
cibir la “chispa oculta bajo la cor-  
teza de los días” sencillos cuando  
El unía su “vida a la vida de los  
pobres/ para ser uno de ellos”.  
La maestra de humanidad del mis-  
mo Dios:*

*“Hijo mío, complicado y grande,  
hijo sencillo,  
conmigo te acostumbraste a  
pensamientos comunes a todo  
los hombres,  
y, a la sombra de estas ideas,  
esperas la profunda voz del  
corazón.  
que en cada persona suena de  
manera distinta.  
Yo soy madre absoluta  
y esta plenitud nunca me cansará”*

(La Madre. I,4. Concentración madura).

En el poema wojtyliano el hombre nunca es un solitario.

El hombre es comunidad, y esa comunidad se llama Patria (como luego se llamará Iglesia):

*“Cuando yo pienso, cuando  
digo: Patria,  
me estoy expresando a mí mismo,  
y me enraizo,  
y el corazón me dice que ella  
es la frontera oculta  
que va de mí hacia los otros  
hombres  
para abrazarlos a todos en un  
pasado*

*más antiguo que cada uno de nosotros. . .*

*Y ese pasado —cuando yo pienso: Patria—  
emerjo para encerrarla en mí  
como un tesoro”.*

(Cuando pienso en la Patria. I.  
Cuando pienso: Patria)

Esa Patria es una geografía maternal cuya canción de cuna es “el ruido de la hoz que choca contra el muro del trigo” (Ib. III), y es esa lengua visceral que forja nuestra identidad, por donde fluye de siglos el torrente modelador de la historia:

*“Cuando se habla, alrededor, en  
idiomas diferentes  
siento crecer el río de las  
generaciones;  
cada una lleva al tesoro de su  
tierra  
cosas antiguas y cosas nuevas.*

*La tierra se va convirtiendo en  
el cauce de un río, en el cual  
destellan las luces encendidas  
dentro de las gentes.*

*Y el torrente del lenguaje, acre-  
cido por la Historia, una y otra  
vez abraza el globo”.*

Ella nos une con todos los hombres, pero también nos destaca e individualiza, se hace cobijo de nuestra propia identidad social:

*“Cuando alrededor oímos hablar  
los distintos idiomas del mundo,  
la lengua nuestra suena con  
mayor fuerza:*

*se ahonda en el pensamiento de  
las generaciones y se convierte  
en el techo de nuestras casas  
donde vivimos juntos”.*

(Cuando pienso en la Patria.  
II, 1-2).

Wojtyla ha dedicado un largo poema-meditación al drama humano de la muerte iluminado por la esperanza pascual. Embarcado en el Tiempo “no frenarás las corrientes que pasan”,

*“No las resistirás hasta el final,  
te arrollarán: y tú te irás  
hundiendo  
viviendo hacia el futuro,  
existes proyectado hacia la  
muerte  
—presente siempre en tu fluir  
vital”.*

(Meditación sobre la muerte.  
II. *Mysterium Paschale*. 1.).

Es una larga lucha que empezamos a combatir “legados a la orilla del otoño”, cuando “temor y amor estallarán en contrarios deseos: ansiando el temor el retorno a lo que fue existencia, (. . . ) el amor anhelado alcanzar a Aquei que a la existencia otorga su futuro”. Es el abrirse amargo de una grieta “que surca al hombre”, y él “no acierta a ensamblar su cuerpo y su futuro” (Ibid. I. De la madurez. 3).

Hay Uno sin embargo de nosotros que “ha atravesado todas las corrientes, ha invertido el sentido del campo donde todos pasamos”. Y haciéndolo ha creado el espa-

cio donde la muerte se hace Pascua, tránsito, porque:

*“En este espacio —medida plenaria del mundo— ESTAS TU. Y así cobro sentido, yo que me hundo en la tumba, que paso hacia la muerte. Deshacerme en el polvo de irrepetibles átomos es porción de tu Pascua”.*

(Meditación sobre la muerte... IV. -La esperanza más allá del fin. 2).

Así por la esperanza inscritos en su Cuerpo, el río de la vida y de la historia se hace Camino. Mejor aún, un caminar solidario que lleva consigo el porvenir de nuestra antigua tierra, transvasada al misterio de la que esperamos:

*“Por eso caminamos hacia tí, tierra nuestra para ensancharte en todos los hombres. Oh tierra de nuestras derrotas y nuestras victorias, que te alzas en todos los corazones con el misterio de la Pascua!*

*Tierra que nunca dejarás de ser una parte de nuestro tiempo!*

*Alertados por una nueva esperanza, nos dirigimos siempre hacia una nueva tierra.*

*Ya a tí, tierra antigua, te alzaremos como fruto del amor de las generaciones que lograron superar el odio”.*

(Cuando pienso en la Patria. VI. -Cuando pienso en mi Patria regreso al árbol... 3).

## 6. Jesucristo

Wojtyla se acerca poéticamente a Dios como un místico. Lo cual tampoco significa un extraviarse de los caminos del hombre. Porque preciamente,

*“En el rostro de los transeuntes consta el diseño de Dios, su hondura sigue el curso de los días”.*

(Meditación sobre la muerte. III. -En el principio, el temor.1).

Y así la antropología desemboca en teo-logía, se descubre en profundidad, enlaza su origen y su fin. Entre ambos se abre camino la existencia, como un drama y una tarea:

*“No nace el hombre con los caminos de su vida preparados.*

*Nace entre malezas, que pueden arder,*

*como la zarza de Moisés, o secarse y morir.*

*Hay que desbrozar el camino sin descanso*

*—acecha la maleza—*

*gastar la vida en allanar collados y enderezar las sendas*

*con la sencilla plenitud de cada instante,*

*porque cada momento se abre a la totalidad del tiempo,*

*se trasciende a sí mismo*

*y esconde en su seno simiente de eternidad”.*

(La Verónica. II. -La hermana. 2).

Pero “desbrozar el camino” no es tampoco construir torres de Babel para robarse el cielo. Es más bien

dejar que El llegüe. y el umbral de Dios comienza "en las orillas del silencio":

*"No podéis pasar por ahí como un pájaro.  
Tenéis que deteneros y mirar hacia lo profundo.*

*Sin embargo, tú siempre retrocedes ante Aquel que viene de la orilla, cierras las puertas de tu pequeña casa".*

(Canción sobre el Dios oculto. I. Las orillas llenas de silencio 1).

Cuando el hombre deja de defenderse "de la otra Vida, abismo insondable", cuando no interrumpe su vuelo y va "con sencillez hacia la cumbre", entonces, de repente, con la espontánea gratitud del encuentro, El está ahí:

*"Es un Amigo. (...)  
Desde tantos años lo sabes con seguridad.  
Y, sin embargo, no puedes salir del asombro.*

*Ya no sabes si es El visto en la lejanía  
o debajo de los párpados cerrados.*

*Está allí. Aquí no hay más que temblores,  
más que palabras vacías—,  
tan solo te queda una parte de tu asombro  
que se convierte en el sentido total de la eternidad".*

(Ibid. 2).

Presencia de Dios. En un primer momento no sólo pacífica y fortalece. También desconcierta y sobrecoge. No en vano amar es un perderse en el amor del otro con angustias de naufragio total. Y el de Dios es un mar que te invade, en el que te anegas. Misterioso descenso en la oscuridad silenciosa, que sin embargo es llegada de una nueva claridad, de un acoso de luz:

*"Entonces, mira hacia tu adentro. Es el Amigo,  
apenas una chispa y a la vez claridad plena.  
Ya no podrás ver nada  
y no sabrás que quieres y que El también te quiere.  
Ni siquiera sentirás que el mismo Amor te envuelve".*

(Ibid. 4).

Y sin embargo, garantía suprema de Su Presencia, todo en tí se ha transformado:

*"El Amor me lo ha aclarado todo,  
El Amor me lo ha solucionado todo,  
por eso glorifico el Amor  
en cualquier lugar en que se manifieste".*

(Ibid. 5)

Un lector precipitado de los poemas de Wojtyła podría sentir aquí recelos de "escapismo", de una fe ilusoriamente ahistórica, de una pérdida de la carne-sangre de Cristo, diluída en el abismo de la Divinidad. De hecho, el Cristo del poema wojtyliano es un eco del evangelio de Juan. Y allí, hay

acaso un tránsito, señalable con el dedo. entre “la Palabra que estaba junto a Dios, y era Dios” y “la Palabra que se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros”? Cristo Jesús, en su plena autenticidad humana, es para éste creyente de “la tercera generación”, ante todo, rostro y nombre del venir de Dios a nosotros, en la carne y en el trigo:

*“Hasta aquí llegó Dios y se detuvo a un paso de la nada, tan cerca de nuestra mirada. A los corazones abiertos, a los corazones sencillos, les parecía que había desaparecido en la sombra de las espigas”.*

(Ibid. 12).

El Cristo wojtyliano es el Hijo que desprende sus manos de los hombros del Padre para unirlos “al madero, desprovisto de verdor”. Es el Hijo que parece abandonar esa mirada paterna “que sube como una bahía soleada”, porque ha elegido “los ojos humanos.... llenos de la luz del trigo”.

(Ibid. 14).

Pero qué lejos está este auténtico cristiano de situar su amor en un no sé qué más-allá, ahistórico y extramundano! Lejos de robarse la tierra, El la constituye en encuentro:

*“Hay en mí un país transparente en la luz del lago Genezaret una barca... y el desembarcadero de los pecadores, bajo el que pasan las olas tranquilas...”*

*y la multitud, la multitud de los corazones, dominados por un solo corazón, por un corazón solo, el más sencillo y el más suave”.*

(Ibid. 10).

Desde este pórtico del encuentro con Cristo, salido de la hondura del Dios oculto, el poemario de Wojtyla es un largo coloquio con El. Para ello le prestan su figura, sus anhelos, su ternura, su entrega y su pecado los personajes conocidos de nuestra historia familiar evangélica. La Samaritana del pozo de Siquem que se dejó sumergir en El; la Madre absoluta y campesina, cuyo asombro se fue tejiendo en canción desde Nazareth y Belén hasta la cruz; la Verónica que lo siguió en Su via-crucis hasta lograr “un corazón a imagen Suya para que no puedan robar(le) Su presencia”. Inútil abrumar estas páginas con la riqueza y densidad cristológicas de este canto de amor a Cristo. No hay espacio ni tiempo, rostro ni quehacer humano, vida o muerte, que no estén llenos de El. Ni tampoco en forma individualista. El Cristo de Wojtyla-poeta se despliega en Iglesia. El es el espacio, abierto a fuerza de cruz, donde nos encontramos con todos, donde cada uno deja de ser simple “número” y se realiza el misterio de amor fraterno ulterior de descubrimiento cada uno a sí mismo “multiplicado” en los demás:

*“Mi lugar se encuentra en tí. Tu lugar se encuentra en mí.”*

*Pero el mismo lugar es el de todos los hombres.*

*No por ello me siento postergado. Solitario y único me multiplico, sin embargo.*

*Es la Cruz. Se levanta aquí.*

*Gracias a ella, los números se retiran ante el Hombre”.*

(Peregrinación a los santos lugares. 5. El lugar interior)

Wojtyla-Cirineo no pretende soltar la cruz del camino. Wojtyla-pastor no piensa en abandonar sus ovejas. Pero el corazón paulino de Wojtyla-poeta no puede menos de añorar el encuentro definitivo:

*“pienso con frecuencia en el día de la gran aparición, un día lleno de asombro,*

*Es necesario sufrir cada vez con mayor angustia por aquel día, todavía desconocido,*

*cuando la infinita Simplicidad todo lo abrazará con su hálito amoroso.*

*Llévame, Mestro, a Efrem y permíteme quedarme contigo, donde los silencios de la costa lejana caen*

*sobre las alas de las aves, donde el verdor es como una ola profunda,*

*a la que no han tocado los remos, como círculos en un agua quieta, sobre los que no ha caído la sombra del miedo”.*

(Canción sobre Dios oculto. I. Las orillas llenas de silencio. 16).

## 7. La Iglesia

No hemos tenido más acceso a la poesía de Karol Wojtyla que la breve antología antes citada. Entonces, la pregunta sobre la extensión del tema eclesial en toda su obra poética sigue abierta para nosotros, limitados por esa única base textual. De hecho, hemos logrado así tan solo un puñado escaso de poemas, agrupados bajo los títulos de “Iglesia” (Fragmentos) y de “Estanislao”.

Con todo, no es demasiado poco. En estos dos pequeños pozos se refleja con nitidez el misterio de la Católica. Una catolicidad que no planea, como un satélite abstracto sobre la redondez concreta del planeta Tierra. Por el contrario, se arraiga como un árbol en dos puntos geográficos bien determinados, la Roma de todos y la Polonia de Wojtyla. Quizás también esos dos puntos basilares se han multiplicado ya, indefinidamente, bajo los pies peregrinos de Juan Pablo II.

La Iglesia, en primer lugar, que trasciende el puntualismo de nuestra individualidad y de nuestro presente, limitados y limitantes. Porque ella misma participa de la concreticidad por universalidad, omniabarcante, de Dios:

*“Deseo describir la Iglesia.*

*Mi Iglesia nace conmigo, porque yo tampoco muero con ella.*

*La Iglesia me está sobreviviendo siempre,*

*es el fondo de mi vida, y es su cumbre;*

*La Iglesia es la raíz por la que  
me ahondo,  
a la vez, en el pasado y en el  
futuro;  
es el Sacramento de mi existencia  
desplegada en Dios, que es mi  
Padre”.*

(Estanislao. I,1).

Pero, precisamente por cuanto  
“desplegada en Dios”, la Iglesia  
universal, la Católica, sólo se realiza  
históricamente en la singularidad  
de cada pueblo, de cada espacio  
geográfico y cultural:

— *“Deseo describir la Iglesia,  
Mi Iglesia, tan unida con mi  
tierra.  
Ya se dijo para siempre: “lo  
que atares en la tierra,  
atado quedará en el cielo”.  
Así mi Iglesia se ha abrazado  
con mi tierra.*

(Ibid).

A su vez, lo singular resulta  
abarcando en sí mismo lo univer-  
sal, lo personal no niega, antes  
bien encarna y proyecta lo comu-  
nitario. Dentro de la perspectiva  
bíblica de la llamada “personalidad  
corporativa”, este poeta polaco  
redescubre a su Iglesia en un solo  
hombre:

*“Deseo describir mi Iglesia  
en la figura de un hombre  
al que llamaron Estanislao”.*

(Ibid).

Tampoco por no sé qué privi-  
legio de casta, o por una ficción  
literaria del poeta, sino porque

de hecho ese hombre logró consti-  
tuirse a sí mismo, su vida, su ac-  
ción y su destino, con un Sentido  
universal, tan concreto, tan hondo  
y dinámico, que “los muchos”  
seguirán constituyendo y constru-  
yendo con él la suya propia, aun  
a costa de su sangre. Y no sólo esa  
vida singular de cada uno, sino (por  
lo mismo!) la de una nación y una  
Iglesia. Ese sentido es el de la li-  
bertad social que se enraiza en  
Cristo:

*“Quiero describir mi Iglesia  
con el nombre por quien mi  
nación fue bautizada otra vez.  
con un bautismo de sangre,  
para pasar luego por el bautismo  
de deseo,  
en el cual se manifiesta el soplo  
oculto del Espíritu.  
Porque ese hombre arraigó en la  
tierra  
la libertad de las gentes,  
antes aún de que le pusieran el  
nombre de Estanislao”.*

(Estanislao. I,3).

En las agonías y esperanzas, en  
las luchas y en los logros de la Pa-  
tria, Wojtyla descubre el rostro  
crucificado y viviente de la Iglesia:

*“Quiero describir mi Iglesia,  
en la cual, siglo tras siglo,  
han ido juntas la palabra y la  
sangre,  
unidas por el soplo del Espíritu”.*

(Ibid. I,5).

Pero con ser “su” Iglesia, esta  
Iglesia polaca tampoco agota la  
Iglesia de Wojtyla. Ahora es Roma  
el espacio poético de una nueva

meditación suya sobre la Católica. Y el ámbito cerrado de la Basílica de San Pedro se abre en ventana panorámica hacia la profundidad y universalidad de la Iglesia.

Antes una advertencia sobre el proceso de creación artística de este poeta-pensador, en cuanto podemos conjeturarlo. La poesía eclesial de Wojtyla alza vuelo desde experiencias sensoriales muy concretas. El muro basilical, el pavimento, el turista, las fuentes de la plaza. Pero todos ellos, precisamente en gracia de su sensorialidad, son símbolos, encarnaciones de significación. El poema se apoya fugazmente en ellos y se lanza a devanar el hilo interminable de las significaciones. En el largo poema a la Verónica, quizás el poeta mismo deja al manifiesto su propia clave. Ante todo, horizonte insustituible, es el amor:

*“Al país de las significaciones  
el hombre llega sólo a través  
del amor inmarchitable.  
Es el peldaño esencial,  
el gran pórtico”.*

(La Verónica. I.- Verónica. 3).

Sólo que ese amor, para develar su sentido, tiene que abrazarse con el gesto sencillo con la humildad de la cosa:

*“Espero tus manos, que  
tiernamente  
sostienen el sencillo velo.  
Levántalas, Verónica,  
hacia el país de los significados  
últimos,  
levanta las manos*

*y toca con ellas luego el rostro  
del hombre”.*

(Ibid. 1).

Así también Wojtyla llega a los significados eclesiales en la convergencia de su propio amor con las cosas, las personas y los sucesos. Veamos algunos ejemplos, y con ellos, un pequeño mosaico de eclesiología.

Basta “un muro. Un fragmento de muro” para recibir todo el peso de historia pasada y de catolicidad presente, que se apoya en la fragilidad del Templo eclesial sin aplastarlo. Son esos “hondos santos” del pasado que en los nichos “detienen su correr por los minutos” para trenzarse en comunión actual con los “hombres vivos que habitan lejos / en los cuartitos de sus corazones cansados” (La Iglesia. El muro).

O es enseguida el africano, tan diferente racial, y culturalmente, pero portador de nuestra más honda identidad y comunión humana y eclesial:

*“Hermano mío, miro  
en tí una inmensa tierra, un  
continente  
donde arroyos de pronto  
se paran.  
donde el sol  
cuece todo tu ser, como si  
ganga  
de hierro fuera el cuerpo ya  
en el horno.  
En tí vibra mi mente de metal  
tuyo!*

(Ibid. - Un negro).

O puede ser el piso de piedra de la cripta. Sobre sí carga todo el misterio de amor del ministerio eclesial de Pedro, la piedra:

*“Nuestros piés aquí pisan  
la tierra donde nacen  
paredes y columnas.*

*Si no te pierdes entre ellas,  
y caminas para hallar la unidad  
y el significado, es porque  
te guía el Pavimento;*

*El Pavimento une no sólo los  
espacios  
de un edificio renacentista,  
sino también los espacios que  
hay dentro de nosotros  
que caminamos sabiendo  
nuestras debilidades y nuestras  
derrotas.*

*Eres tú, Pedro.  
Eres el Pavimento en que  
caminan otros.  
quien sostiene los pasos como  
roca  
por donde va el rebaño”.*

(Ibid. El pavimento).

En la humildad el hombre-pavimento, se perfila la Roca que es sólo Cristo:

*“Horadamos la roca  
para encontrar al hombre.  
Por pezuñas de tantas  
ovejas está herido.  
No sabían las ovejas  
a quien pisaban.  
Al hombre que desaparece,  
o al hombre que nunca  
desaparecerá?”.*

(Ibid. - La cripta).

Sea finalmente el borbotonar de las fuentes hacia la altura, y el suave ondular del agua en el pequeño mar de las piletas. Qué mano invisible mantiene su dinamismo ascendente? Quién conduce la barca? Allí está, con el diseño y colorido de una diapositiva, todo el drama histórico, todo el misterio transcendente de la Iglesia:

*“Nos sostienen palabras pro-  
nunciadas en tiempos muy  
antiguos.*

*Existen invisibles  
Manos que nos ayudan  
a remar en la barca,  
la barca por la ruta de su historia  
ondulante,  
por su historia entre escollos”.*

(Ibid. - Las fuentes y las manos).

8. Pedro, me amas? Apacienta mis ovejas!

El ministerio eclesial de Pedro, como todos los demás, y más que ningún otro, solo tiene su sentido profundo en el amor. Como la fe misma. Donde va más allá de la justa racionalidad social de un rector cualquiera del bien común, en una comunidad humana, y por consiguiente allí donde se abre el espacio más propio e identificante de su función, es un servicio de amor, que fluye de la hondura de un amor totalizante. Por eso mismo, también su palabra alcanza su sentido auténtico en el amor, y solo es captable como tal en el amor de los mismos oyentes.

---

Si la palabra poética de Karol Wojtyla nos acerca al corazón de Juan Pablo II, ella asume también un sentido de servicio eclesial. Tal fue al menos la experiencia personal del autor de estas páginas. Por eso, para terminar, retomo ese símbolo del “esplendor del agua”, tan caro a Wojtyla-poeta. Y regreso con la Samaritana al pozo de Siquem. Un pozo que no es Cristo mismo, pero en el que vemos borbotonar el Manantial con un estremecimiento de aguas profundas. También la pesía wojtyliana ha sido, para mí, ese pozo que me sumerge en Cristo, la Fuente de Aguas Vivas:

*“Aquel pozo me ha unido  
contigo, me ha sumergido en tu  
persona.  
Nada había entre nosotros, nada,  
sino la profunda claridad que  
tiembla  
como una pupila limpia,  
engastada en la órbita de las  
piedras del brocal.  
La claridad me sumergió en tus  
ojos  
y me ha encerrado en ellos”.*

(Cántico al esplendor del agua.  
6. La Samaritana).